

# BRUNA Y LA LUZ QUE HABITA

Un cuento sobre los gestos que encienden la humanidad.



María Fernanda Ortiz Bonilla



HOSPITAL SAN PABLO  
COQUIMBO



Bruna y la luz que habita.

Escrito por: María Fernanda Ortiz Bonilla.

Año de creación: 2025

Revisado por: Vanessa Briceño Cortés, Daniela Silva Reyes y Unidad de Comunicaciones y RRPP del Hospital San Pablo de Coquimbo.

Proyecto auspiciado por Terapeandog y Entre Pelos y Emociones, con el apoyo de la Unidad de *Humanización* y la Subdirección de Gestión del Cuidado del Hospital San Pablo de Coquimbo.

© 2025 María Fernanda Ortiz Bonilla

Todos los derechos reservados.

Este material ha sido creado con fines educativos y terapéuticos, destinado a la difusión gratuita y al acompañamiento emocional.

Queda prohibida su reproducción, adaptación o comercialización total o parcial sin la autorización expresa de la autora.

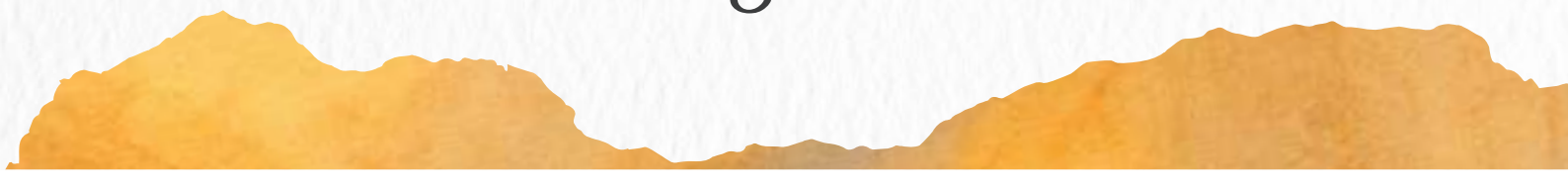




En cada rincón del hospital habitan pequeñas luces. Algunas brillan con fuerza en una sonrisa, otras se esconden detrás del cansancio, esperando ser vistas.

A veces, basta una palabra amable, una mirada o una pausa compartida para encenderlas nuevamente.

Este cuento nos invita justamente a eso, a mirar con ojos más atentos, a reconocer la humanidad que se enciende en los gestos cotidianos.







Bruna viajaba recostada en el  
asiento del auto. Miraba las  
estrellas a través de la ventana y  
cada una le recordaba un momento  
vivido en el hospital.

No eran luces de máquinas o  
alarmas. Eran luces invisibles a los  
ojos, pero reales.







Ese día había visitado a un niño en una sala pequeña. Sabía que lo esperaban vacunas y exámenes, por lo que su cuerpo entero temblaba, aunque intentaba ocultarlo.

Bruna se acercó despacio y, en las caricias, notó cómo sus manos nerviosas se enredaban en el pelaje, como buscando refugio.





La enfermera, al verlo, se agachó a su altura y le explicó con calma lo que iba a ocurrir, paso a paso y sin apuro.

El niño escuchaba mientras seguía acariciando a Bruna, y en sus ojos apareció un destello suave, como si alguien hubiera encendido su luz.







Más tarde estuvo junto a una  
mujer mayor. Mientras los  
profesionales hablaban entre  
ellos sobre su caso, ella  
miraba al suelo, ausente, como  
sintiéndose invisible. Su luz  
parecía apagarse.





Pero cuando uno de ellos se inclinó,  
le tomó la mano y la llamó por su  
nombre, todo cambió.

Sus ojos brillaron y en ellos  
reapareció la fuerza de saberse  
reconocida.





También recordó a un hombre joven que, frente a su familia, bromeaba y se reía, tratando de parecer valiente. Sin embargo, cuando todos se fueron, dejó ver lo que verdaderamente le pasaba.

Estaba confundido y no entendía lo que le ocurría. Su luz parpadeaba entre la risa y la incertidumbre.





Cuando el médico se sentó junto a él y le explicó con palabras simples lo que estaba pasando, sus hombros se relajaron.

Bruna lo vio soltar el aire contenido, y la chispa de claridad se transformó en calma.





Por último, visitó a una madre que llevaba horas al pie de la cama de su hijo. El cansancio se reflejaba en su mirada: no hablaba y apenas se movía.

Bruna la vio inclinarse una y otra vez para acomodar la manta, agotada pero firme.





En ese momento, alguien se acercó con una taza de té caliente y la invitó a descansar unos minutos. La mujer aceptó, y al tomar la taza entre sus manos, sus ojos se humedecieron. No era solo el calor de la bebida, sino el calor de sentirse acompañada.

Su luz, hasta entonces oculta, volvió a brillar.





En su recorrido por el hospital,  
Bruna también notó la luz de  
quienes cuidan.

Centró su atención en una persona  
con traje clínico. Sus hombros,  
caídos por el peso de la jornada,  
reflejaban cansancio, y su mirada,  
frustración.





En ese momento, un compañero se le acercó, le tocó suavemente el hombro y le dijo: “Lo hiciste bien, hoy ha sido un día difícil para todos”.

Con ese gesto, el cansancio no desapareció, pero la luz volvió a encenderse.



Several yellow stars of varying sizes are scattered across the top of the page, set against a light orange background.

Bruna seguía mirando las estrellas desde el auto. Cada una brillaba distinto, como las personas que había visto ese día. Algunas radiantes, otras apenas perceptibles, pero todas presentes.

Entonces reflexionó: “quizás la humanidad habita en los gestos pequeños, y basta un instante de atención para que la luz de alguien vuelva a brillar”.





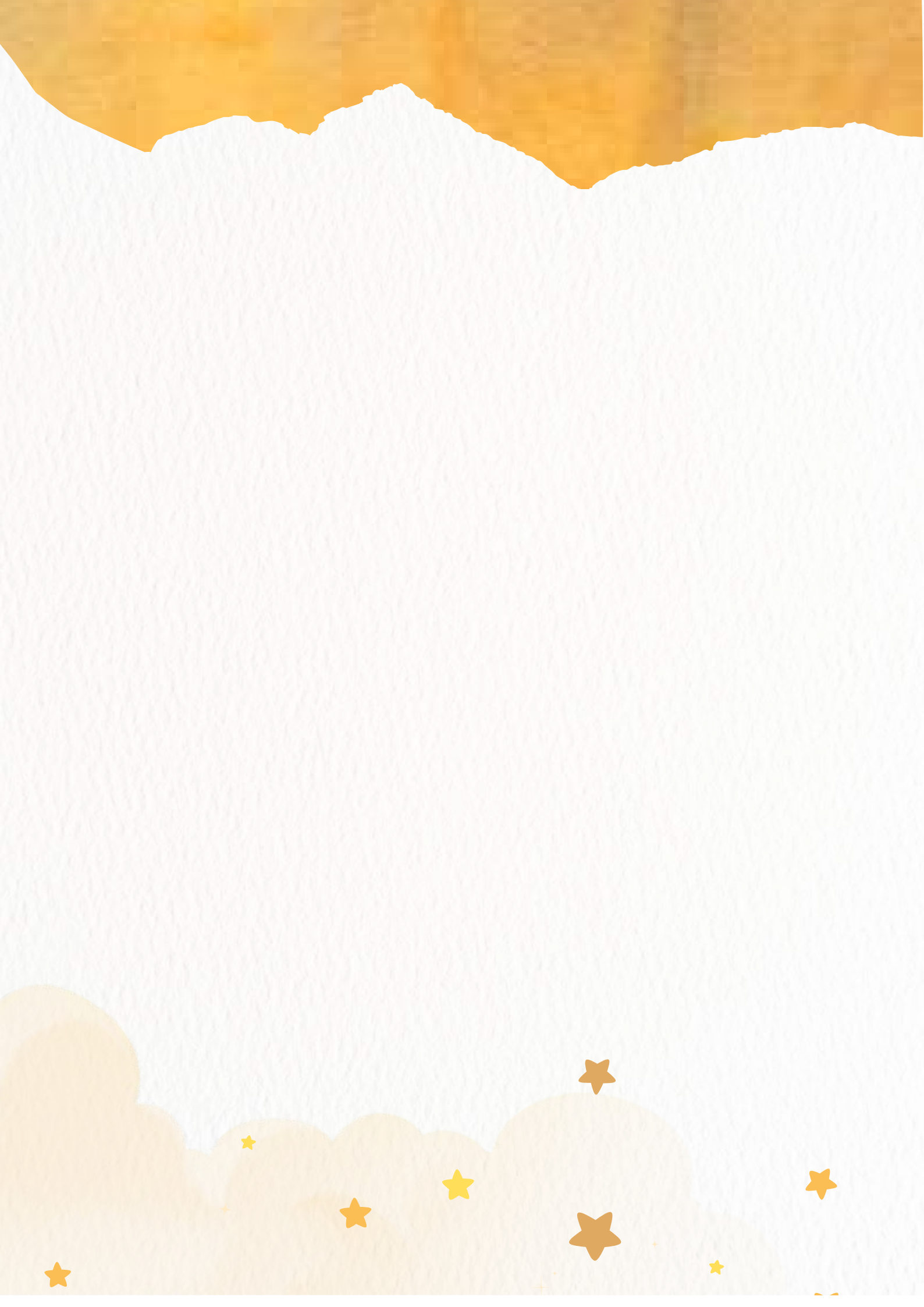
Luego, cerró los ojos y respiró profundo, como si en ese gesto silencioso quisiera recordarles a todos que los cuidados no sólo se entregan en el plano físico, sino también en el instante en que alguien reconoce la luz que habita en otro.

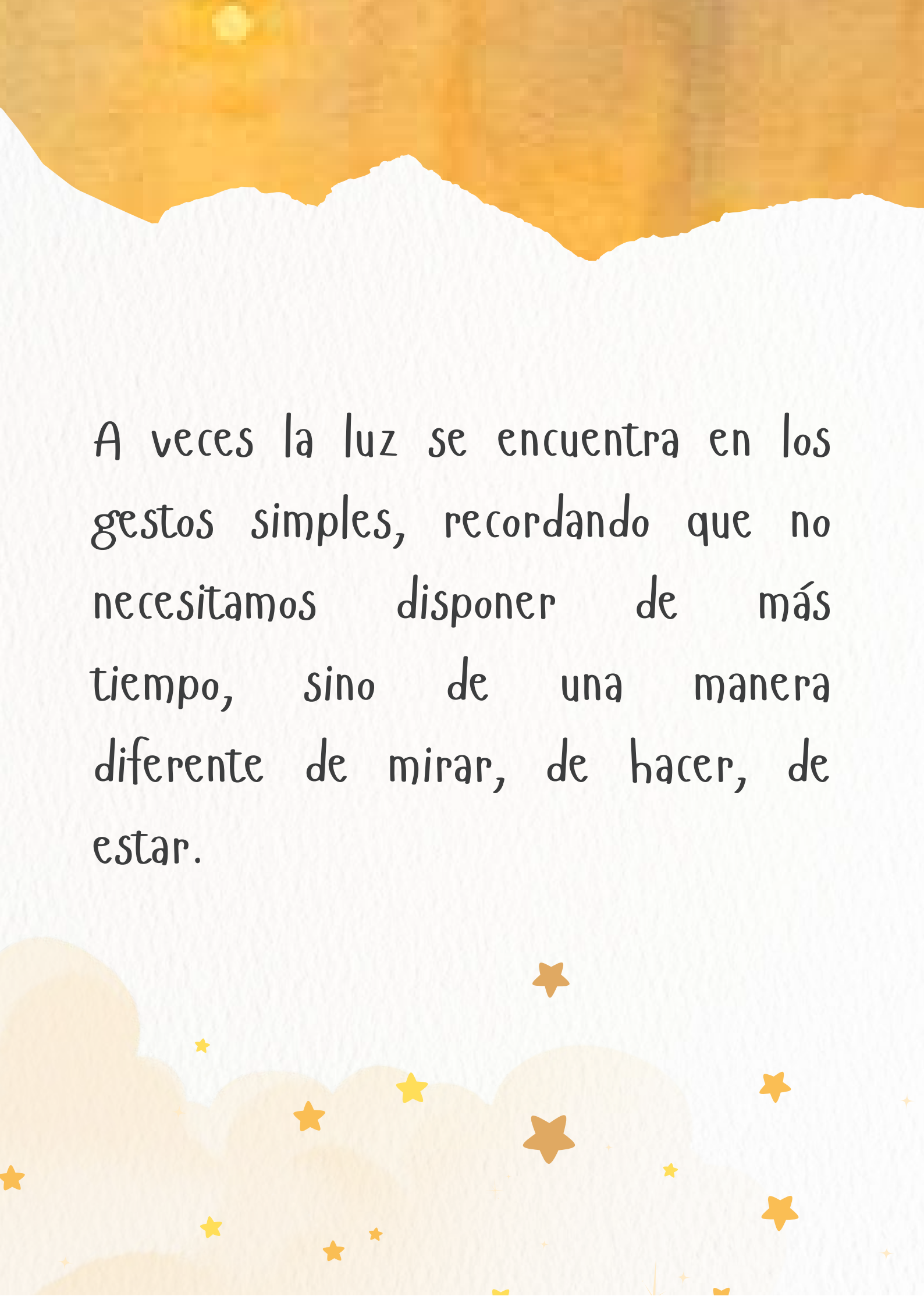




Y en la quietud de la noche surgió  
una pregunta invisible:

¿Cuántas luces dejamos pasar sin  
mirar?





A veces la luz se encuentra en los gestos simples, recordando que no necesitamos disponer de más tiempo, sino de una manera diferente de mirar, de hacer, de estar.





### **Serie de relatos: “*Huellas que acompañan*”**

Estos cuentos terapéuticos fueron creados para acompañar distintos procesos emocionales en contextos de salud y vida: momentos de amor, despedida, memoria, espera, cuidado y transformación.

Cada historia puede leerse de manera independiente, como una luz que invita a comprender, recordar o simplemente sentir.

Su propósito es recordarnos que todo lo vivido con amor permanece, se transforma y sigue iluminando; porque, entre las estrellas y los recuerdos, el amor siempre encuentra una forma de brillar.

### **Colección: “*Entre Estrellas y Recuerdos*”**

Esta colección incluye los siguientes relatos:

- Nemo y la luciérnaga.
- Cuando el árbol deja de sentir el viento.
- La estrella de Milo.
- Milodón y el lugar donde viven los recuerdos.

Otros relatos pertenecientes a la serie “*Huellas que acompañan*”.

- Bruna y la luz que habita.
  - Hasta que el sol vuelva a asomarse.
  - Nemo y la primera visita.
  - El día que Milodón colgó su bandana.
- 



Hay luces que no se ven,  
pero que se encienden en los gestos  
más simples:

una palabra, una mirada, una pausa  
compartida.

Este cuento nos recuerda que cada  
encuentro humano  
tiene el poder de devolver la luz a  
quien la ha perdido y que cuidar  
también es dejar que esa luz habite en  
nosotros.

